

# La hidra de los traductores: exclusiones y continuidades en “El escritor argentino y la tradición”

MARIANO JAVIER SVERDLOFF

*Instituto de Filología Clásica, Universidad de Buenos Aires  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas  
marianosverdloff@gmail.com  
Buenos Aires – Argentina*

Recibido: 13 de marzo de 2020 – Aceptado: 20 de abril de 2020

**Resumen:** “El escritor argentino y la tradición” es un texto polémico, que busca desalojar a sus oponentes del espacio de la traducción y la importación cultural. Según Borges, los nacionalistas (pero también la izquierda) ocultarían sus propias operaciones de traducción, y serían incapaces de reflexionar sobre ellas. Lo cierto es que el nacionalismo de derecha inscribe explícitamente a la “literatura argentina” en la “tradición occidental” y piensa, por tanto, la necesidad de la traducción y la importación cultural. Algo similar sucede con la izquierda. El objeto de este trabajo es, pues, analizar la forma que Borges construye, a partir de una cierta noción de autonomía literaria, un espacio de la “tradición occidental” que excluye la acción de otros traductores/importadores culturales.

**Palabras clave:** Traducción – Tradición occidental – Nacionalismo de derecha – Literatura mundial

## The Hydra of Translators: Exclusions and Continuities in “El escritor argentino y la tradición”

**Abstract:** “El escritor argentino y la tradición” is a polemical text, which tries to evict its opponents from the space of translation and cultural transfers. According to Borges, right-wing nationalists (but also left-wing writers) try to erase their own translation operations, and are actually unable to reflect on their own appropriation of foreign literatures. Nonetheless, right-wing nationalism explicitly inscribes “Argentine literature” in the “Western tradition” and therefore necessarily thinks about translation and cultural transfers. A similar process is observable in left-wing writers and intellectuals, whom Borges also derides. The purpose of this paper is to analyze how, based on a certain notion of literary autonomy, Borges constructs a space for “Western tradition” that excludes the interventions of other translators and cultural agents.

**Keywords:** Translation – Western tradition – Right-wing nationalism – World literature

Como recapitula en este mismo dossier Guido Herzovich, “El escritor argentino y la tradición” (en adelante EAYT) es un texto sobre el que, en las últimas décadas, se ha ido construyendo un notable consenso crítico: no solamente sería una adecuada clave interpretativa para comprender la situación de Borges frente a la tradición occidental, sino que también explicaría de forma eficaz y definitiva la relación entre una literatura “marginal” o “periférica” y la literatura universal. Según estas lecturas, EAYT sería un ataque victorioso y concluyente a las retóricas identitarias del nacionalismo tanto de izquierda como derecha. Se configura así un campo binario: frente al cierre del nacionalismo, la apertura del cosmopolitismo marginal que logra articular lo local y lo global. Como se sabe, el argumento de Borges contra el nacionalismo se basa en la idea de que los nacionalistas son falsificadores involuntarios de la realidad nacional que pretenden describir. Los nacionalistas no podrían pensar la operación de traducción que supone la enunciación de sus textos y teorías, ni su propia inscripción en la tradición occidental. Los nacionalistas serían traductores que no saben que lo son o que se avergüenzan de serlo. Este argumento se resume en la que seguramente es la oración más citada de EAYT: “El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo”. El argumento es, en realidad, una reducción al absurdo borgeana, una de esas “exageraciones burlescas” recomendadas en el “Arte de injuriar” (1933). Y es, sobre todo, un argumento falso: uno de los principales objetos de meditación de los nacionalistas de derecha es la inscripción de la literatura argentina en ese espacio que denominan “Occidente”. Algo similar sucede, tal como veremos, con la izquierda, orientación ideológica a la que Borges, ya desde los treinta, insiste en considerar una suerte de doble del fascismo y del nacionalismo. Si analizamos el campo de las prácticas y los discursos sobre la traducción y la importación cultural contemporáneos a EAYT, advertiremos que la cartografía propuesta por Borges disputa con otras cartografías que también piensan la relación entre literaturas extranjeras y literatura nacional. Como han demostrado, entre otros, Prendergast (2004), Apter (2013) y Westphal (2007), toda cartografía de la “literatura universal” es un juego de inclusiones y exclusiones. El mundo de las derechas (el fascismo, el nacionalismo antidemocrático, el integrismo católico, el hispanismo) también propone una cierta lectura de las literaturas extranjeras. Y lo mismo sucede en el heterogéneo espacio de las izquierdas. El objeto pues de este trabajo no es ahondar en la oposición cosmopolitismo/nacionalismo, sino más bien explorar los modos en que la cartografía borgeana intenta desalojar a sus oponentes del espacio de la traducción y la importación cultural.

## **1. Nacionalismo y transnacionalización**

La vinculación del nacionalismo de derecha con los fenómenos de la traducción y la importación cultural no es vergonzante, ni inconsciente, ni accidental. Una mirada atenta a los textos de figuras como Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta o Carlos Ibarguren permite advertir que, en realidad, uno de los tópicos sobre los que más

meditan los nacionalistas de derecha es justamente la inscripción de la cultura nacional en la continuidad de la “cultura occidental”. Es una identificación que ya encontrábamos en *El payador* (1913) de Lugones: el gaucho, en tanto arquetipo nacional, solo puede ser considerado tal a partir de su afiliación al “linaje de Hércules”; del mismo modo, Gálvez ya desarrollaba en *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina* (1910) la idea de que la verdadera identidad argentina (y latinoamericana) es la expresión particular de un espacio mayor, que es el de una “latinidad” entendida en clave hispánica. Para muchos nacionalistas el problema de la autenticidad de la literatura nacional supone necesariamente una reflexión explícita sobre el vínculo con las lenguas y las literaturas europeas. No se trata, ciertamente, como sugiere Borges (y otros después de él) de que los nacionalistas traduzcan de forma inconsciente (tal es el argumento que está detrás de la satírica germanización de Ernesto Palacio como “Ernst Palast” en “La muerte y la brújula” [1942]): en rigor, mediante diversas operaciones de apropiación, los nacionalistas legitiman ese contacto con “Occidente”, e interpretan a la literatura argentina como una expansión idiosincrática de ese “Occidente” esencial cuyas fronteras podrán variar según las diversas definiciones, pero que remite siempre a la Antigüedad clásica en tanto origen de la distinción entre “Occidente” y “Oriente”. Esta operación de legitimación de apropiación de las literaturas extranjeras se apoya en la apelación a una cierta continuidad, un ámbito común al cual se oponen espacios exteriores tales como la “barbarie”, el “asiatismo” o el “comunismo”. Los nacionalistas suponen la existencia de un espacio transnacional (“Occidente”, “la cultura europea”, “la hispanidad”, la “latinidad”, la “tradición occidental”, etc.), en el cual las diversas literaturas nacionales pueden entablar relaciones de diálogo y de competencia. Los nacionalistas de derecha afirman una y otra vez que la verdadera esencia de la nación argentina es el producto de un proceso de traducción de Occidente hacia América. Dice Juan E. Carulla en *Problemas de la cultura* (1927):

En los últimos tiempos, sobre todo, ha sido planteado con frecuencia el problema de la existencia de una cultura americana o, por lo menos, de los elementos necesarios para formarla. No todos lo resuelven en sentido afirmativo, pero es indudable que la tendencia a recusar lo europeo, a segregar a América de la civilización occidental, gana terreno en ciertos medios intelectuales y universitarios [...] El ideario grandilocuente y confuso del profesor Vasconcelos –hombre de moda en el Continente– sería la biblia de la nueva religión americanista, “que al predicar el recelo y el desdén por Europa y Norte América, afirma el profesor Terán, predica en el fondo también un nacionalismo continental”. Este nacionalismo sería el equivalente de la suma de los nacionalismos locales, erigidos a base de las tradiciones indígenas de cada país. [...] Reniega de la tradición europea y de la civilización occidental, contraponiéndoles un idealismo puramente americano. El fervor de sus adeptos tocó ya los vértices del delirio. [...] pero el pasado de América no está constituido por los cementerios indígenas. El pasado de América se llama España, se llama Europa, se llama Roma, se llama el Cristianismo... (Carulla 1927: 15-19)

Para los nacionalistas, la literatura argentina no es una literatura cerrada sobre sí misma, sino una joven literatura “occidental” que debe entablar un diálogo con las

literaturas europeas a los efectos de llegar a ser, en algún momento, según un léxico recurrente, una “literatura madura” que pueda disputarles la preeminencia a las literaturas nacionales centrales. En efecto, tal como reconocen Palacio, Ibarguren e Irazusta, la literatura argentina, en virtud de su “inmadurez” está obligada (todavía) a la traducción de literaturas extranjeras. La traducción y la importación cultural son un insumo necesario a los efectos de que la literatura nacional no se extravíe en esas alteridades que podrían corromper su esencia occidental: Oriente, el telurismo latinoamericano, el indigenismo, la “incultura” de las clases populares, o esa “mala traducción” (introdutora de heterogeneidades y decadencia) que los nacionalistas asocian con el “cosmopolitismo”.<sup>1</sup> Para los nacionalistas, el problema no es tanto evitar las operaciones de traducción/importación, sino más bien asegurarse de que esa traducción/importación vuelva a reproducir y renovar en América ese “Occidente” originario. Un Occidente que, en tanto espacio de la “literatura universal”, se define a la vez en términos comunes y agonísticos: Occidente es un espacio común, porque todas las “naciones occidentales” entrarían, se supone, en diálogo; y es un espacio agonístico, porque se daría una competencia (entendida en términos más o menos geopolíticos) entre las diversas literaturas nacionales por la preeminencia. Como se advierte en *La literatura y la gran guerra* (1920) de Carlos Ibarguren, una verdadera antología comentada de literatura francoalemana en la cual se ensalza el sacrificio que implica el conflicto bélico, la exaltación de la lucha por la supremacía geopolítica pueden ir de la mano con operaciones de traducción e importación.

Este modelo de la lucha geopolítica por la preeminencia literaria supone una lectura esencialista que conecta lengua, literatura y nación. Los nacionalistas entienden que existe una homogeneidad entre las series histórica y literaria: las literaturas nacionales expresan una determinada visión de mundo que coincide en cada caso con la de cada nación y la de cada “lengua nacional”. Las literaturas, según esta interpretación que yuxtapone la serie histórica y la literaria, nacen y crecen con las naciones. Esta perspectiva, además, en el caso del nacionalismo de derecha suele decantarse por una posición elitista que tiene puntos de contacto con la tradición liberal: la literatura no solamente expresa la nación, sino que también debe dirigirla. El “humanismo” debe ejercer una suerte de dirección espiritual.<sup>2</sup> Configurar la cultura “propia”, por tanto, es un trabajo de las elites letradas que deberá, sin embargo, derramar sobre el “pueblo”. La función de esta elite es, entonces, configurar la cultura nacional a partir de una cierta reelaboración de la cultura de “Occidente”. Lo cual significa admitir la traducción y la importación cultural; de ahí que la traducción ocupe de hecho un lugar central en publicaciones como *La Nueva República Sol y Luna*, o *Número*. Más todavía, esas

---

<sup>1</sup> Ejemplos de esta “mala traducción” para los nacionalistas pueden ser el tango, las vanguardias, el pacifismo, las “tendencias anti clásicas”, el bergsonismo, etc.

<sup>2</sup> Apunta Palacio: “Es un hecho probado que las naciones occidentales que han contado en la época contemporánea con elencos de estadistas verdaderamente prácticos, son las mismas que no renovaron sus métodos tradicionales de educación y que continuaron formando a sus clases dirigentes con Homero y Virgilio. [...] No creo aventurado afirmar que la superioridad política inglesa se debe ante todo a que su tipo corriente fue el *scholar* de Oxford o de Cambridge. Lo mismo puede decirse de Alemania, en lo que se refiere a los directores del pensamiento, inspiradores de hombres de acción.” (Palacio 1948: 102).

operaciones de traducción/importación son necesarias para delimitar la nítida frontera entre la civilización y la barbarie, entre “Occidente” y “Oriente” (en América, según la perciben los nacionalistas, se libra un combate entre “Occidente” y sus otros). En este panorama, y a diferencia de la traducción “cosmopolita”, la apropiación de las lenguas y literaturas clásicas surge como el paradigma de una traducción aceptable, en la medida en que la traducción de los clásicos grecolatinos supone el pasaje de una lengua a otra, pero a la vez confirma la identidad: traducir los clásicos es repetir y expandir el origen de la “tradicción occidental” y de ningún modo sumergirse en la heterogeneidad. Más todavía, para muchos nacionalistas la traducción de los clásicos opera como modelo y caución de la apropiación de las literaturas extranjeras: el pasado clásico conjura la heterogeneidad que implica toda operación de traducción. De ese modo, Ernesto Palacio, en la “Nota preliminar” a su traducción de *Humanismo medioeval* de Gerald G. Walsh, recurre al gramático latino Quintiliano para enaltecer la tarea del traductor:

En uno de los libros de las *Instituciones* el gramático Quintiliano da consejos minuciosos sobre la lectura. No basta, nos dice, con leer una obra para asimilar su substancia ; hay que leerla y releerla, y volverla a leer, haciendo resúmenes escritos del pensamiento del autor, copiando los conceptos memorables y no abandonándola hasta haberla conquistado en sus últimos baluartes. Así, como una lucha, y hasta en términos de batalla. (Palacio 1943: 7)

Por otra parte, es necesario considerar estas teorizaciones nacionalistas en torno a la traducción y las literaturas nacionales en el contexto de las propias prácticas de internacionalización de los escritores nacionalistas. En principio, recordemos las trayectorias biográficas altamente transnacionalizadas de muchos escritores nacionalistas de derecha. Ellos también, como gran parte de los intelectuales argentinos de la época, tienen lazos estrechos con Europa. Pensemos en algunos casos del elenco neorrepblicano: el despertar al maurrasianismo de Carulla es inseparable de su experiencia como médico en el ejército francés durante la Primera Guerra Mundial; los Irazusta hicieron en 1923 un iniciático viaje a Europa, en el cual sobre todo Rodolfo cayó bajo la influencia de Maurras y Julio trabajó amistad con el filósofo, poeta y crítico literario George Santayana (por lo demás, el golpe de 1930 sorprendería a Julio en medio de otro viaje cultural). Asimismo, muchos nacionalistas participaban de las prácticas de traducción e importación de los nuevos circuitos de las industrias culturales en expansión de los treinta y los cuarenta; la historia de la “época de oro” de la industria editorial argentina (de Diego 2014) tiene más de un punto de intersección con la trayectoria de los nacionalistas. Y una de esas intersecciones es la integración al mercado literario internacional, tal como se advierte en el caso de Hugo Wast (Gustavo Martínez Zubiría) y Manuel Gálvez, quienes por lo demás transitaban experiencias relativamente exitosas de internacionalización ya desde la época de la “organización del espacio editorial” argentino (Merbilhaá 2014). En este sentido, si leemos las memorias de Wast y Gálvez como relatos de profesionalización del escritor, tal como han hecho Sarlo (2002) y Gramuglio (2013 [1999-2000]) y más recientemente Laera (2014),

debemos leerlas también como relatos sobre las posibilidades y los límites de la internacionalización desde un lugar periférico.

Nacionalistas que se internacionalizan: esta paradoja solo es aparente, en la medida en que el mercado internacional literario de ningún modo excluye las retóricas nacionales y/o nacionalistas, e incluso puede fomentarlas. De hecho, tal como ha demostrado Wilfert-Portal (2007), la querrela nacionalismo/cosmopolitismo del *fin de siècle* francés debe ser pensada en el contexto de los posicionamientos (que suponen diversas formas de aceptación y rechazo) frente a la expansión de un mercado literario internacional y por tanto de traducciones. Numerosas zonas de los cuatro tomos de los *Recuerdos* de Gálvez tratan sobre las vicisitudes de esa búsqueda de reconocimiento en el espacio internacional. Por lo demás el nacionalismo del escritor periférico, desde el lado de la cultura receptora, puede perfectamente integrarse a un mercado globalizado de identidades nacionales, tal como se advierte en una reseña que Valery Larbaud hace de las traducciones francesas de las novelas de Gálvez, a las que considera “une initiation à la vie, aux mœurs et à l’histoire, en même temps qu’à la littérature argentine” (Larbaud 1933: 6). Si a la hora de reflexionar sobre la literatura nacional los nacionalistas invocan la esencia de “Occidente”, en términos prácticos esto redundaría en el intento de ingresar a una de las principales vías de internacionalización, el mercado mundial literario.

Otro aspecto central de esta internacionalización es la participación en instituciones estatales y asociaciones profesionales y/o académicas. Nacionalistas como Gálvez, Ibarguren o Wast forman parte del entramado de asociaciones y academias con fuerte presencia estatal fundadas en la década del treinta. Este avance del estado sobre la esfera cultural (que no ocurrió solamente en la Argentina, y que se verificó en la época tanto en los países comunistas y en los fascistas como en las democracias liberales) implicaba de por sí una reflexión sobre cómo la “literatura nacional” debía ponerse en contacto con la “literatura de Occidente”, es decir, con las literaturas europeas. De este modo, acciones que propendían al estudio y la defensa de la tradición y la “lengua” y la “literatura” nacionales, como la organización de la Academia Argentina de Letras (creada por decreto del presidente de facto Uriburu en 1931), también suponían intercambios internacionales (de los cuales participaba la propia Academia), a los efectos de visibilizar y difundir esa “literatura nacional”. Ese deseo de participación en la “tradición occidental” se advierte en la puesta en funcionamiento de la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual (creada en 1935) o en la organización del congreso de los P.E.N. clubs de 1936, que fue impulsado entre otros por Ibarguren y contó con el apoyo del presidente Agustín P. Justo. En el mismo sentido, la redacción de la ley 11.723 de propiedad intelectual, con su artículo 23 que versaba sobre traducción, sancionada en 1933, así como el intento de reforma de ese artículo en 1947 en el marco la Comisión Nacional de Cultura encabezada por Ernesto Palacio, implicaba un reconocimiento explícito de este carácter transnacional de la literatura, además de que la tarea de la legislación suponía, obviamente, un diálogo y una negociación con los actores locales del mercado editorial que posibilitaban esa internacionalización. Los nacionalistas, tanto desde su rol de actores del campo editorial (escritores, traductores,

letrados con funciones varias), como desde el rol de gestores de políticas estatales, reflexionaban constantemente sobre la inscripción de la literatura nacional en el espacio de “Occidente”.

Estas prácticas transnacionales de los escritores del nacionalismo de derecha en la Argentina deben por supuesto inscribirse en los procesos de internacionalización de las extremas derechas en los años treinta. Este fenómeno implicaba toda una serie de redes, publicaciones e instituciones de alcance transnacional, a menudo apoyadas por los estados fascistas y coordinadas por sus embajadas. Asimismo, esta internacionalización de las derechas suponía diversas zonas de contacto con los circuitos de otra institución de alcance internacional con ambiciones culturales: la Iglesia Católica. Se trataba sin dudas de un clima propicio para la circulación de los textos de los nacionalistas argentinos de derecha. De manera general, hay que notar que los procesos de internacionalización de la literatura de corte más bien “cosmopolita” tenían en los años veinte y treinta zonas de superposición con los circuitos de las derechas. Piénsese en las visitas a la Argentina de Filippo Tommaso Marinetti, en la relación de Pierre Drieu la Rochelle con Victoria Ocampo, en la invitación por el Istituto Interuniversitario Italiano dirigido por Giovanni Gentile a dar conferencias a Victoria Ocampo y a Eduardo Mallea (quienes se entrevistaron con el propio Mussolini), o en el hecho de que el suplemento literario de *La Nación* fuera dirigido entre 1925 y 1928 por el maurrasiano Alfonso de Laferrère (Grinchpun 2019). Asimismo, Carlos (o Charles) Lesca, argentino que jugó un importante rol en las relaciones académicas franco-argentinas en la década del veinte y que terminó siendo el director de la publicación colaboracionista francesa *Je suis partout*, es otro excelente ejemplo de la porosidad en los circuitos de las transferencias culturales transatlánticas (Sverdloff 2017). Lejos, pues, de la autopercepción que los actores tenían sobre sí mismos o sobre los otros, y que suponía el uso algo indiscriminado de los términos “cosmopolitismo” y “nacionalismo” como formas de delimitar identidades dentro del campo literario o en las querellas político-ideológicas, una mirada más atenta a las prácticas concretas (trayectorias biográficas, prácticas de traducción e importación, redes transnacionales, inserción en el mercado editorial, participación en la vida institucional-estatal, participación en asociaciones gremiales, publicaciones periódicas) debería llevarnos a pensar las condiciones comunes de esta “internacionalización” literaria.

Es crucial, entonces, no identificar discursos (de los actores sobre sí mismos y sobre los otros actores) y prácticas. Esta observación es particularmente pertinente para el caso del peronismo, que, tal como lo ha revelado una serie de trabajos recientes, presenta un abanico heterogéneo de acciones y posicionamientos en el campo de la cultura,<sup>3</sup> que no puede ser reducido al universo del nacionalismo de derecha. Si bien diversas figuras defendían una línea dura tradicionalista ortodoxamente católica nacionalista (recuérdese la política universitaria de Ivanissevich, o sus tristes opiniones sobre el arte abstracto), las prácticas y políticas culturales suponían diversos grados de

---

<sup>3</sup> Para un estado de la cuestión sobre la relación entre cultura y peronismo, cfr. Leonardi 2017.

transnacionalización y de contacto con el extranjero. La enumeración de prácticas y políticas que suponen formas de transnacionalización debería incluir cuestiones tales como la actitud (analizada por Fiorucci 2011: 48-63) de acercar al “pueblo” a las expresiones de la “cultura universal”; la probable influencia en la iconografía peronista de la propaganda política gráfica del New Deal (Gené 2005); la adaptación de los “clásicos universales” al cine nacional del período (Bernini 2009); las transacciones y negociaciones que se dieron entre el arte abstracto y las políticas culturales oficiales (Giunta 2001: 45-84; Lucena 2015); la situación de la danza, tensionada entre un polo más folklórico y la promoción del ballet clásico y la danza moderna (Cadús 2017); la inclusión de obras extranjeras y contemporáneas en los repertorios oficiales de teatro, más allá de que la línea predominante se volcara hacia lo nacional y la tradición grecolatina en clave hispánica (Leonardi 2012; 2019); la organización del Congreso de Filosofía en 1949 (que implicó por lo demás una serie de tensiones entre el sector tomista alineado con el peronismo y un sector modernizador ligado a Astrada, quien comenzó a editar, al calor de los debates del Congreso, la revista *Cuadernos de filosofía* [David 2014]); las diversas políticas hacia las editoriales protagonistas de la “edad de oro” que exportaban traducciones de literatura extranjera a todo el mercado en habla hispana (Giuliani 2018). Habría que sumar también las trayectorias biográficas, finalmente muy transnacionalizadas, de intelectuales asimilados con el peronismo, como César Tiempo (Korn 2017: 255-297) o de Carlos Astrada (David 2004). Se trata por supuesto de discursos y prácticas altamente heterogéneos, que implícita o explícitamente entienden la inscripción de Argentina en “Latinoamérica” y en “Occidente” de diversas formas (por caso, el mencionado Astrada, formado con Max Scheler y quien luego viraría hacia el marxismo, retoma al Lugones de *El payador* para proponer un “mito gaucho” homérico, pero frontalmente anticristiano). De algún modo, las tensiones de esa variabilidad pueden leerse en el capítulo sobre cultura del Segundo Plan Quinquenal, que postula a la vez la necesidad de formar una “cultura nacional, de contenido popular, humanista y cristiano”, que esté inspirada en “las expresiones clásicas de las culturas clásicas y modernas, y de la cultura tradicional argentina” (Boletín Oficial del 30/01/1953: 7). Se trata de una definición vaga, y si se quiere contradictoria (¿cómo se articulan las “culturas clásicas y modernas” con “la cultura tradicional argentina?”), en donde pueden inscribirse una serie de interpretaciones concurrentes, incluso opuestas. Como se advierte, el “mundo” imaginado por las prácticas y discursos del peronismo clásico es bastante más heterogéneo que el de los nacionalistas de derecha.

Lo que me interesa, entonces, es advertir que el nacionalismo de derecha propone una cierta idea de “mundo” y de “literatura universal” que supone la traducción y las relaciones internacionales literarias, y que se funda en la relación con “Occidente”. La idea de “universalidad de Occidente” de los nacionalistas se construye a partir, precisamente, de una serie de presupuestos (exclusiones e inclusiones) en torno a los modos aceptables de circulación de las traducciones y las importaciones culturales. Desde la perspectiva nacionalista, “universal” significa común a una cierta tradición cultural y geográfica (Atenas, Roma, Jerusalén, después Europa). Y esta “tradición

universal” supone una cierta dirección de la circulación: América debe absorber la herencia europea, y recién después, cuando se haya “occidentalizado” lo suficiente, podrá ex-traducir su literatura hacia el espacio “universal” de “Occidente”. Incluso -a veces piensan los nacionalistas- si la geopolítica acompaña (es decir, en caso de producirse la temida, pero a la vez fascinante, decadencia de Europa), bien podría suceder que América se convirtiera en el “nuevo Occidente”, es decir que se consumara tanto la *translatio studii* como la *translatio imperii*. Hay, por tanto, una idea nacionalista de espacio literario y cultural transnacional, incluso una idea fascista de espacio literario y cultural transnacional, tal como han venido estudiando los trabajos sobre las redes transnacionales y traducción bajo el fascismo. Podría hablarse de algo así como un espacio “cultural fascista”: ¿no hablaba acaso Drieu la Rochelle de la unificación de una Europa a la vez “imperial” y “federal” bajo Hitler? Por paradójico que parezca, la extrema derecha también presenta su propio “cosmopolitismo” (con las comillas del caso), en el sentido de una teoría sobre los intercambios posibles entre las diversas literaturas nacionales. ¿Por qué habrían de ser los escritores y los críticos liberales o de izquierda los únicos en construir mapas geocríticos, los únicos en pensar el vínculo que une a la literatura nacional con la literatura “universal”, los únicos en postular una idea de “mundo”, de “tradición”, de “universalidad”, de “Occidente”? Digamos asimismo que también el peronismo presentaba a través de sus intelectuales y sus políticas un conjunto de ideas heterogéneas sobre la “cultura universal”, que de ningún modo pueden reducirse simplemente al hispanismo católico. Todo diseño de una idea de “mundo”, “tradición” y “literatura universal” supone una cartografía, con sus centros, sus márgenes y sus tierras ignoradas. No hay cartografía literaria sin exclusión, tal como veremos que sucede en EAYT.

## 2. La construcción del enemigo no-traductor

“El escritor argentino y la tradición” fue bosquejado, como se sabe, al calor de los combates contra el peronismo. Leído como conferencia en el Colegio Libre de Estudios Superiores en 1951 (asociación intelectual de posicionamiento antiperonista), publicado en 1953 en *Cursos y conferencias*, la revista de esa entidad, y en 1955 en la revista *Sur*, el ensayo fue incluido, en 1957 y sin mayores aclaraciones, en la segunda edición de *Discusión*, libro de 1932. La historia textual de EAYT permite suponer que Borges buscó cambiar las proyecciones de interpretación: el texto que había nacido como una intervención marcadamente antiperonista, podía ser leído en 1957 como una crítica más general al nacionalismo (Hernaiz 2019). Héctor A. Murena, en un texto publicado en *Sur* en 1948<sup>4</sup> había criticado al nacionalismo de la poesía criollista de Borges; en EAYT Borges retomará argumentos de ese texto (aunque desmarcándose de la idea mureniana de que al escritor latinoamericano está en una situación de orfandad en relación a la

---

<sup>4</sup> “Condenación de una poesía” (*Sur* n°164-165, junio-julio de 1948, pp.69-86).

tradición europea) y los utilizará en su propia polémica contra el nacionalismo.<sup>5</sup> Por lo demás, este alejamiento por parte de Borges de su pasado nacionalista respondería también, según Hernaiz (2019: 88-93), al hecho de que este pasado, más o menos para la misma época en que Murena había escrito su crítica, había comenzado a ser revalorizado por ámbitos cercanos al peronismo. En líneas generales EAYT debe inscribirse, pues, en la crítica al fascismo y a la que Borges consideraba su variante local, el peronismo (Louis 2006-7). Uno de los principales tópicos a los que recurre Borges es la idea de que el fascismo sería algo exterior a “Occidente”, es decir, una forma de barbarie que se opondría al orden y la tradición que remitirían a la civilización grecolatina. Por el contrario, para la misma época otras lecturas argumentaban que el fascismo era el despliegue de elementos plenamente occidentales y europeos, según se advierte, paradigmáticamente, en la *Dialektik der Aufklärung* (1944) de Adorno y Horkheimer (texto que sería traducido por Murena en 1969 con el título *Dialéctica del Iluminismo* para la colección *Estudios alemanes* de Sur). Esta lectura borgeana del fascismo como una alteridad externa a Occidente se advierte en este pasaje de “Anotación al 23 de agosto de 1944”:<sup>6</sup>

Para los europeos y americanos, hay un orden –un solo orden– posible: el que antes llevó el nombre de Roma y que ahora es la cultura del Occidente. Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica, jugar a ser un viking, un tártaro, un conquistador del siglo XVI, un gaucho, un piel roja) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral. (Borges 1997 [1944] vol. II: 105)

Del mismo modo, en “La lotería en Babilonia”, texto en el que se satirizan los regímenes totalitarios, la incertidumbre de los babilonios se opone a la razón griega: “He conocido lo que ignoran los griegos: la incertidumbre” (Borges 1997 [1941] vol.I: 456). Por supuesto, el occidentalismo de Borges parece infinitamente más abierto que el de los nacionalistas, tal como prueba su interés por las literaturas orientales o por textos como *Las mil y una noches*.<sup>7</sup> Pero no me interesa discutir aquí los límites que Borges traza entre “Occidente” y “Oriente”, y hasta qué punto esta mirada podría considerarse una forma de orientalismo, tema que ya ha sido tratado por la crítica, sino más bien resaltar el hecho de que Borges disputa con los nacionalistas la construcción del objeto “Occidente” (y tal como veremos, no solamente con los nacionalistas). En esa disputa, Borges intenta mostrar a los nacionalistas como negadores de la “tradición occidental” y del carácter transnacional que tal idea de tradición supone. Esa supuesta negación es el común denominador de las tres tesis que Borges le atribuye al nacionalismo en EAYT: 1) que la gauchesca es la verdadera literatura nacional; 2) que la literatura argentina deriva de la española; 3) que la literatura argentina supone una ruptura del vínculo con la tradición europea. Por supuesto estas tres tesis eran comunes en las distintas vertientes del nacionalismo, pero admitían diversos matices; suponer un nacionalismo que no reflexiona sobre la traducción de “Occidente” es una de esas “exageraciones

<sup>5</sup> [Nota de la coord.: Sobre esta cuestión, ver en este mismo dossier el artículo de Guido Herzovich.]

<sup>6</sup> [Nota de la coord.: Sobre las variantes de redacción de este ensayo de Borges, ver en este mismo número el artículo de Daniel Balderston.]

<sup>7</sup> [Nota de la coord.: Sobre Borges y *Las mil y una noches*, ver el estudio de Ana Gargatagli en este dossier.]

burlescas” del “Arte de injuriar” (1933). Un nacionalismo basado en “nuestra soledad”, que tendría, “como el existencialismo, los encantos de lo patético” (Borges 1997 [1951] vol.I: 272), en definitiva antieuropeo, que no piensa la relación que existe entre la literatura argentina y la literatura universal: podría considerarse que Borges trata de reducir a todo el nacionalismo (y a todo el peronismo) a las posiciones de un Ramón Doll, quien consideraba que Borges había “escogido una expresión, una prosa antiargentina, sin matices, ni acentos nacionales” (Doll 1993[1933]: 78). Pienso que lo central, aquí, es el modo en que el argumento borgeano intenta trazar una clara diferencia entre autonomía y heteronomía. Por un lado la autonomía (que supone una “relación oblicua” [Louis 2006-7] del texto literario con la realidad, tal como se verifica, por ejemplo en el género fantástico) se inscribiría de suyo en el espacio transnacional; por el otro, la heteronomía (imputable a la derecha, pero, tal como veremos, también a la izquierda) supondría una desestimación del espacio de la traducción y la importación cultural, como si no pudiera existir una heteronomía que fuera también transnacional. Y en términos de procedimientos la heteronomía tendría una afinidad electiva con el realismo, al que Borges entiende a la vez como una suerte de fijación a la realidad más exterior (el “color local”) y como una falsificación. Y si la mimesis es una forma de falsificación, la falsificación puede servir para la manipulación. Así entendido, el realismo es un conjunto de procedimientos verosimilizadores de lo imposible, que funciona tanto en la novela como en la propaganda política: son los famosos “suicidas por felicidad” del “Prólogo a *La invención de Morel*” (1940) o “los métodos de la propaganda comercial y de la *littérature pour concierges*” (Borges 1999[1955]: 55) del peronismo en “L’illusion comique”. El “realismo”, según Borges, tendería a ocultar su carácter de artefacto literario, y esta falsificación de la realidad iría de la mano de otra falsificación, la que supone ocultar la dimensión transnacional de los procedimientos literarios.

Como se sabe, frente al criterio de verdad que les atribuye a los nacionalistas, basado en el color local, Borges propone un criterio de verdad relacionado con la espontaneidad: no hay por qué esforzarse en ser argentinos. Ese criterio de verdad permitiría distinguir a un “Mahoma” (quien “sabía ser árabe sin camellos”) de un “falsario”, un “turista”, un “nacionalista árabe”. Este criterio de verdad sigue de cerca al propuesto por Murena en “Condenación de una poesía”, quien distinguía entre un “arte nacionalista” y un “arte nacional” (Murena 1948: 70-73); Borges en EAYT retomará este argumento y diferenciará, a propósito de “La urna” de Enrique Banchs, entre “la arquitectura y la ornitología argentinas” (puramente exteriores, ausentes del poema de Banchs) y “el pudor argentino, la reticencia argentina” (interior y esencial, presente en el poema de Banchs). Este criterio de verdad, como ya ha advertido la crítica, supone inextricables problemas: ¿cómo es que un texto supuestamente escrito contra el nacionalismo termina proponiendo un vínculo secreto pero indestructible entre alta calidad literaria y sentimiento nacional “natural”? o según sugiere César Aira en *Exotismo* (1991): ¿por qué la literatura de los falsarios no sería finalmente tan válida y

admisible como la supuestamente “espontánea”? No quiero ahondar en este punto, sino simplemente decir que así como Borges, los nacionalistas también pensaban desde sus propios instrumentos mentales la relación entre “tradición occidental” y “literatura nacional” (de hecho, Borges ataca en EAYT la “homerización” lugoniana del Martín Fierro, es decir, la atribución de un linaje griego a la gauchesca)<sup>8</sup>. Pero Borges resuelve la polémica argumentando que los nacionalistas no piensan en la tradición occidental. Lo cierto es que tanto los nacionalistas como Borges, ante la crisis de Europa, consideran a América el receptáculo natural de la “tradición occidental”. Se trata de una percepción compartida en los treinta y cuarenta por amplios sectores de la intelectualidad latinoamericana, más allá de las fronteras ideológicas, que de ningún modo es exclusiva de los nacionalistas. EAYT, por su parte, como ha demostrado Nora Catelli (2004), retoma intensamente planteos redentoristas de Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, particularmente de los textos de este último compilados en *Última Tule* (1942). Más allá de las diferencias, los planteos de Borges y los nacionalistas coinciden en trazar para la “tradición occidental” una dirección de circulación desde Europa hacia América. El uso del adjetivo “sudamericano”<sup>9</sup> en Borges supone una distinción entre un centro civilizado irradiante de literatura y una zona sin tradición, en ocasiones asimilable a la barbarie. Esta geopolítica de la tradición tiene zonas de contacto con las posiciones de los nacionalistas más europeístas, quienes tampoco parecían demasiado interesados en las retóricas teluristas; piénsese en la crítica de Ernesto Palacio al “indianismo artificial” (Palacio 1928: 1) de Ricardo Rojas, que parece tocarse con la crítica borgeana al nacionalismo en su versión “quechua querandí” (Borges 1997[1942] vol. II: 103) al que alude en “Dos libros”, texto publicado por primera vez en 1941. No quiero de ningún modo asimilar el europeísmo nacionalista, de raíz esencialista, a la “irreverencia” formulada en EAYT: las diferencias son manifiestas. Lo que me interesa señalar es que tanto los nacionalistas como Borges hacen una cartografía de la literatura universal que supone la circulación de Europa hacia América.

### 3. La izquierda, el otro enemigo no-traductor

El nacionalismo no es el único posicionamiento al que Borges intenta excluir del espacio de la traducción. Hay otro enemigo que aparece en sordina en EAYT, pero que Borges nombra directamente en otro texto que escribe durante el peronismo y en el cual también polemiza con el nacionalismo. Me refiero a la izquierda, a la que se interpreta como otra forma de ataque al individuo por parte del estado en “Nuestro pobre

---

<sup>8</sup> Observa Balderston que en uno de los bosquejos de la conferencia de 1951, el “cuaderno Avon”, Borges anotó, a propósito de la canonización de Lugones del *Martín Fierro*, una frase de Schopenhauer en la que separa tajantemente a Homero del *Cantar de los Nibelungos*: “Schopenhauer y el *Cantar de los Nibelungos* (. . . ‘diese Nibelungen mit der Ilias zu vergleichen ist eine rechte Blasphemie. . .’)” (Balderston 2013: 4).

<sup>9</sup> “Un mediocre arrabal sudamericano” (Borges 1997 [1930] vol.I: 157) en *Evaristo Carriego*; la “mera inmortalidad sudamericana” de Paul Groussac (Borges 1997 [1929] vol.I: 234); el “pobre arrabal sudamericano” en el que vivía Ireneo Funes (Borges 1997 [1942] vol.I: 490); el “destino sudamericano” con el que se encuentra Francisco Laprida en el “Poema conjetural” (Borges 1997 [1943] vol.II: 245).

individualismo” (1946), así como en su borrador “Viejo hábito argentino”, también fechado en 1946, transcripto y comentado por Daniel Balderston y María Celeste Martín (Borges 2019), y al que volveré a referirme. En EAYT se trata de una alusión un tanto indirecta, que se desprende de la crítica a las “discusiones previas sobre propósitos de ejecución literaria”, crítica que Borges ejemplifica con Kipling, quien “dedicó su vida a escribir en función de determinados ideales políticos, quiso hacer de su obra un instrumento de propaganda y, sin embargo, al fin de su vida hubo de confesar que la verdadera esencia de la obra de un escritor suele ser ignorada por este” (Borges 1997 [1951] vol.I: 273). Esta alusión se hace evidente si reconstruimos la caracterización de la izquierda que hace Borges a partir de los treinta. En efecto, luego de un fugaz apoyo a la revolución rusa (Camarero 2017: 295-300), Borges se irá alejando de las izquierdas efectivamente existentes, y conservará, en todo caso, la adhesión al socialismo antiestatalista de tintes anarquistas de Bertrand Russell.<sup>10</sup> En los textos de los treinta y los cuarenta Borges multiplica sus críticas políticas y literarias a la izquierda. Así se advierte, por ejemplo, en un ensayo sobre Raimundo Lulio publicado el 15 de octubre de 1937, donde se parodian las argumentaciones del “materialismo dialéctico” asimilándolas a las proposiciones fabricadas por la máquina de pensar (Borges 2002 [1937]: 49). Una de las estrategias a las que más recurre Borges es la de situar a la izquierda (a Marx, al comunismo) en relación de contigüidad con el fascismo y el nacionalismo. Dice en “Dos libros”:

Desde 1925, no hay publicista que no opine que el hecho inevitable y trivial de haber nacido en un determinado país y de pertenecer a tal raza (o a tal buena mixtura de razas) no sea un privilegio singular y un talismán suficiente. Vindicadores de la democracia, que se creen muy diversos de Goebbels, instan a sus lectores, en el dialecto mismo del enemigo, a escuchar los latidos de un corazón que recoge los íntimos mandatos de la sangre y de la tierra. Recuerdo, durante la guerra civil española, ciertas discusiones indescifrables. Unos se declaraban republicanos; otros, nacionalistas; otros, marxistas; todos, en un léxico de *Gauleiter*, hablaban de la Raza y del Pueblo. Hasta los hombres de la hoz y el martillo resultaban racistas... (Borges 1997 [1941] vol. II: 102)

Este movimiento de indistinción entre fascismo y comunismo, a los que considera por igual “invenciones del siglo XIX”, según dice en “Vindicación del 1900”, ensayo publicado en 1945 en la revista *Saber vivir* (Borges 2001 [1945]: 229) se advierte en numerosos textos: “El primer Wells” (1946), la reseña de “Guide to Philosophy of Morals and Politics” de C.E.M. Joad (*El Hogar*, 22 de julio de 1938), “En forma de parábola” (texto publicado en el *Boletín de la Sociedad Argentina de Escritores*, a propósito de la anulación del otorgamiento del Premio Nacional de Historia a Ricardo Rojas, Borges 2001 [1946]: 365), por supuesto “La lotería en Babilonia” (1941), y será un tópico recurrente en las entrevistas del último Borges (véase por ejemplo Borges y Ferrari 2005: 28). En términos literarios, la izquierda, desde la perspectiva de Borges, padece del mismo problema que la derecha literaria, la heteronomía, es decir, la

---

<sup>10</sup> En el mismo sentido véase la reseña publicada en *El Hogar* el 5 de febrero de 1937 sobre *Jeunesse de la France* de Guéhenno, quien suscita las simpatías de Borges por su socialismo de cuño liberal y crítico de la interpretación comunista del marxismo (Borges 2000: 35).

búsqueda de una inscripción directa (y por tanto forzada) en la realidad histórica. Es un diagnóstico que en “La paradoja de Apollinaire” Borges extiende a las vanguardias, cuando identifica el imperativo rimbaldiano de lo nuevo con el nacionalismo:

De las obligaciones que puede imponerse un autor, la más común y sin duda la más perjudicial es la de ser moderno. *Il faut être absolument moderne*, decidió Rimbaud, limitación que corresponde, en el tiempo, a la muy trivial del nacionalista que se jacta de ser herméticamente danés o inextricablemente argentino. (Borges 2001 [1946]: 248)

La “izquierda” también subordina la literatura a un programa heterónimo, y esa subordinación atentaría contra el valor literario. Tal es la caracterización que surge de la conocida respuesta de Borges –que provocaría una airada respuesta de Cayetano Córdoba Iturburu– a la encuesta de *Contra*, la revista dirigida por Raúl González Tuñón. Ante la pregunta “¿El arte debe estar al servicio del problema social?” Borges contesta que “Es una insípida y notoria verdad que el arte no debe estar al servicio de la política. Hablar de arte social es como hablar de geometría vegetariana o de artillería liberal o de repostería endecasílabo” (Borges 2001 [1933]: 343). Y en el mismo sentido va “Un caudaloso manifiesto”, la reseña (publicada el 2 de diciembre de 1938 en *El Hogar*) sobre el *Manifiesto por un arte revolucionario independiente* firmado por André Breton y Diego Rivera (en realidad, el texto había sido escrito por Breton y León Trotsky). Borges considera a la crítica al arte oficial de la URSS desplegada por el manifiesto parte de esa misma heteronomía patológica de la izquierda, porque “es absurdo que el arte sea un departamento de la política” (Borges 2002 [1938]: 286). En la misma dirección, Borges considera a las contextualizaciones históricas o psicológicas de la crítica literaria marxista una forma absurda de reduccionismo; así se advierte en la crítica al freudomarxismo de *A Short History of Culture* de Jack Lindsay, aparecida en el n° 60 (septiembre de 1939, Borges 1999: 207-8) de la revista *Sur* y en diversos pasajes del *Borges* de Bioy. Más aun, para Borges las obras producidas desde la izquierda no contienen procedimientos formales dignos de interés<sup>11</sup>. Ese es el nudo de la crítica a *Aleksandr Nevski* (1938) de Serguéi Eisenstein que habrían discutido Borges y Bioy, según anota en su *Borges* este último: “se dijo que el film debía ser entendido por *mujiks* analfabetos”, dice Borges, “la batalla y el film no son realistas por chambonada. Aspiraban al realismo y fracasaron”, contesta Bioy, y Borges asiente: “El peor de todos fue *El acorazado Potemkin*” (13 de mayo de 1967, en Bioy Casares 2006: 1177). Nótese que según esta lectura, el desvío del realismo no supone un procedimiento formal, sino que más bien es un signo de torpeza y de imposición de lo real sobre la esfera del arte, es decir un no-procedimiento.

Si la idea de una América que podría redimir a una cultura europea en crisis apunta hacia la matriz redentorista de América en los treinta, tal como dice Catelli, podría pensarse que este occidentalismo antitotalitario ya se inscribe en los cincuenta, en la Guerra Fría. En efecto, Borges se integra a toda una multiforme corriente de crítica

---

<sup>11</sup> Véase “De la vida literaria” (*El Hogar*, 8 de enero de 1937), donde Borges, comentando la lista de libros más vendidos de la “Everyman’s Library” en Estados Unidos, diferencia entre “los lectores de Shakespeare o Jane Austen” y “los compradores de Marx” (Borges 2000 [1937]: 30).

al “totalitarismo”, que amalgamaba a los regímenes fascistas y comunistas. Esta línea surgida en los treinta tendría gran predicamento durante la Guerra Fría, con figuras tan disímiles como Elias Canetti, Raymond Aron, Isaiah Berlin, Ernst Cassirer, Friedrich Hayek, Karl Popper o Hannah Arendt. Esta corriente (o cierta interpretación de ella) fue, como se sabe, muy productiva en los espacios de las derechas liberal-conservadoras argentinas (Morresi y Vicente 2017), que abrevaron en ese argumentario para fundamentar su occidentalismo anticomunista y su crítica el peronismo en tanto expresión del populismo y de los “excesos” de la democracia. Por lo demás, este occidentalismo antitotalitario era patrocinado por el Congreso por la Libertad de la Cultura, institución financiada por la CIA, que según Mudrovic (2013) habría jugado un rol de cierta importancia en la internacionalización de Borges, precisamente como “escritor occidental” libre de influencias telúricas. Borges tenía una idea de América más “panamericana”, en el sentido de una América unificada de Norte a Sur, cuya voz emblemática bien podía ser el estadounidense Whitman, que “latinoamericana” (recordemos la renuencia al uso del sintagma “literatura latinoamericana”: por ejemplo, en el prólogo de su Biblioteca Personal a *Pedro Páramo* de Juan Rulfo se refiere a la obra del mexicano como una de las “mejores novelas de las literaturas de lengua hispánica”, Borges 1997[1985] vol. IV: 495). Y en el registro de un “occidentalismo panamericano de Guerra Fría” puede leerse el poema “In memoriam J.F.K.”, incluido en *El hacedor* en las *Obras Completas* de 1974. No se trata de analizar aquí la natural cercanía de Borges a este “occidentalismo”, ni las afinidades de este “occidentalismo” con la idea descontextualizante de “escritor occidental” que marcó la internacionalización de Borges desde el prólogo de Ibarra para la traducción de *Ficciones* (*Fictions*) editada por Gallimard en 1951; importa más bien subrayar que Borges se apoya en ese “occidentalismo” para intentar desalojar a la izquierda del espacio de la traducción y los intercambios de “Occidente”. La izquierda, la literatura y la cultura de las izquierdas, supondrían la negación de la tradición occidental. En esta línea, en una entrevista de 1985 Borges trata de “comunistas” (Millán 1985) a quienes impulsan la reforma del plan de estudios de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, reforma que tenía por objeto modernizar los repertorios teóricos y que suprimía drásticamente la importancia de las lenguas clásicas en el programa.<sup>12</sup> En general, pues, Borges encierra a la izquierda en una fórmula similar a la derecha; nuevamente nos encontramos con la cadena equivalencial según la cual heteronomía implica inexistencia de procedimiento literario, realismo entendido (por sus defensores) como realidad, no lectura de la “tradición occidental”, nacionalismo, negación de la traducción.

Por supuesto, el argumento borgeano es otra simplificación pensada desde y para la polémica. Amplias zonas de la izquierda argentina de los treinta y los cuarenta profesaban un marcado europeísmo literario, tal como se advierte en el extendido desdén por el género gauchesco, que muchos críticos ligados al Partido Comunista

---

<sup>12</sup> [Nota de la coord.: Sobre esa polémica y su desarrollo en la prensa argentina, ver el artículo de Annick Louis en este dossier.]

Argentino identificaban con el atraso colonial y “feudal” (Petra 2010). Asimismo, las defensas del realismo se compaginaban sin dificultad con la admiración por la cultura europea, según se observa en la figura de Héctor P. Agosti, quien tenía por lo demás en gran estima a la generación del ’37 (Petra 2014/5). La izquierda, o más bien las izquierdas, también tenían, obviamente, sus propias prácticas y teorías sobre la transnacionalización de la literatura y la relación entre “literatura nacional” y “literatura universal”. Por supuesto, no puedo hacer aquí siquiera un resumen somero de estas prácticas y teorías, o de sus relaciones con la modernización de la crítica universitaria, la prensa periódica, el mercado editorial, la traducción y la importación cultural. Solamente quiero decir que estas prácticas y discursos suponen cartografías que también incluyen a “Europa” y “Occidente”, aunque naturalmente de un modo distinto a los occidentalismos de signo nacionalista, fascista o liberal, dado que incorporan a “Oriente” y los países comunistas de otra forma. Así se advierte, por ejemplo, en “Dos poemas de Aragon”, una nota de Juan L. Ortiz (de la cual se conserva una copia mecanografiada sin fecha) escrita quizá en julio de 1945. Allí Ortiz se refiere a los sufrimientos del pueblo francés bajo la ocupación nazi. Pero en la lectura ortiziana Francia no es la sede de ese orden encarnado por “Roma”, por “Occidente”, como lo era en la “Anotación al 23 de agosto de 1944” de Borges, sino que se inscribe en la tradición de las revoluciones modernas: “Llor a ese pueblo del 89, y del 48, y del 71, y del 36, y del Maquís, el único que puede salvarla [a la alondra gala] de cualquier conspiración.” (Ortiz 1996 [1945?]: 1066).

Juan L. Ortiz en particular es un notable ejemplo de esta transnacionalización de las izquierdas que replantea el lugar de “Oriente” y “Occidente”. En efecto, como demuestra Venturini (2020), la poética de Ortiz es inseparable de la traducción, lo cual supone el diseño de una rica cartografía sobre la “literatura universal”. No se trata obviamente, de una elisión del espacio de “Occidente”, sino en todo caso, de su inscripción en otra cartografía, una que no se concentra tanto en articular “Occidente” con la “literatura nacional”, sino que más bien busca articular a la “región” con una cierta idea de “Internacional Poética” (Venturini 2020), que incluye también a la China contemporánea (Petrecca 2020). La izquierda, obviamente, también lee la “tradición occidental” solo que lo hace en un sentido totalmente distinto al de Borges. Compárese, a modo de ejemplo, “los siglos XVIII y XIX revolucionarios” que construye la colección *Tratados fundamentales* publicada en los cuarenta por la editorial comunista Lautaro, que incluye autores como D’Alembert, Voltaire, el barón de Holbach, Rousseau y Hegel (Clementi 2004: 45-6) con la versión que dará Borges de autores como Gibbon o Blake, en la cual no se menciona su participación en los debates de la Ilustración y la Revolución Francesa. También encontramos, por lo demás, en el espacio de la izquierda intensas lecturas de la tradición grecolatina: pensemos en figuras como el filósofo marxista y especialista en filosofía antigua italiano exiliado en la Argentina Rodolfo Mondolfo o el filólogo clásico y miembro de *Contorno* Ramón Alcalde. Y otro interesante momento de transnacionalización en el ámbito de las izquierdas es la Asociación Arte Concreto-Invención (AACI), que publicará en 1944 la revista *Arturo*, en la que participan, entre otros, Edgar Bayley y Tomás Maldonado. Nos encontramos

aquí con una recuperación “a destiempo” de la tradición de las vanguardias europeas, según ha estudiado recientemente Luciana Del Gizzo en *Volver a la vanguardia* (2017). Esta recuperación implicaba una discusión de los límites entre autonomía y heteronomía: la exaltación de la ruptura de la autonomía de muchos textos programáticos, ligada a la adhesión al Partido Comunista, convivía con un radical formalismo en el plano de las artes visuales y la poesía. Otro aspecto que la AACI recupera de las vanguardias es el internacionalismo, al cual se define, sin embargo, a partir de un diálogo con el espacio latinoamericano, tal como se advierte en las relaciones con figuras como el uruguayo Joaquín Torres García, el chileno Vicente Huidobro o la portuguesa (emigrada en Brasil durante la Segunda Guerra Mundial) Maria Helena Vieira da Silva; se trata de una diferencia fundamental con las vanguardias argentinas del veinte, atravesadas por el nacionalismo. Estamos, pues, ante un replanteo de la noción de autonomía que nada tiene que ver con el “realismo” y el “nacionalismo” que Borges le atribuye al mundo de las izquierdas. De hecho, sobre esa experiencia se montará después la vasta empresa de traducción de poesía universal (no solamente “occidental”) de *poesía buenos aires*. La revista planteará otra forma de relación con las literaturas extranjeras, que no pasa tanto por la dupla Occidente-Nación, Europa-literatura nacional, sino por la conexión “poesía universal” – “ciudad” (Del Gizzo 2019). PBA diseña un espacio transnacional que incluye también, en el mismo nivel, a la poesía latinoamericana; desde esta perspectiva, la situación de “latinoamérica” no es exactamente la de un margen desde el cual puede ejercerse una creativa “irreverencia” sobre una tradición venida exclusivamente desde Europa.

Según se advierte, tanto la izquierda como la derecha tienen discursos y prácticas sobre la transnacionalización literaria. Existen cartografías de la literatura universal nacionalistas, liberales, de izquierda, cada una con sus especificidades y zonas de superposición con las otras cartografías. La estrategia de Borges en EAYT es trazar una equivalencia entre heteronomía, nacionalismo y negación del espacio transnacional de la literatura. La retórica borgeana excluye del ámbito de la traducción y la importación cultural a un variado abanico de posiciones ideológicas. En el borrador de “Nuestro pobre individualismo”, que tenía el título “Viejo hábito argentino”, recientemente estudiado por Daniel Balderston, Borges dibujó una hidra con las cabezas de todas aquellas figuras que encarnan, según él, el “más urgente problema de nuestra época [...] la gradual intromisión del estado [...] en los actos del individuo” (Borges 1997 [1946] vol.I: 37). Este monstruo, que Borges llama en el borrador “die Hydra der Diktator” tiene las cabezas de Marx, Perón, Eva, Hitler, Mussolini y, tal vez, Primo de Rivera (Balderston 2018: 137): estas figuras son el mapa de las exclusiones de la “tradición occidental” que construye la cartografía borgeana. La hidra formaría un mapa de la heteronomía, es decir, en términos de Borges, de los no-traductores, o de quienes traducen y lo ocultan.

## Conclusiones: traducción y autonomía literaria

EAYT diseña una cartografía en la cual el nacionalismo queda excluido del campo de la traducción y la importación cultural: si los nacionalistas traducen, sugiere el argumento borgeano, lo hacen de forma oculta y vergonzante. Para Borges, la autonomía literaria se inscribiría en un espacio transnacional, mientras que la heteronomía supondría una forma de subordinación a la realidad inmediata, estrechamente ligada al “realismo” y al “color local”. Lo cierto es que extensas zonas del nacionalismo piensan a la literatura nacional como una instanciación de la “tradición Occidental”. Esta constatación supone, para invocar una de las propuestas de este dossier, una polémica y una continuidad secreta, que se revela en el cotejo con los archivos de época que recuperan la actuación de los nacionalistas: podría pensarse que Borges le está disputando al nacionalismo, además de la definición de “literatura nacional”, el significado de ese espacio que se denomina “Occidente”. Por otra parte, la estrategia borgeana también pretende desalojar del espacio transnacional literario a la izquierda, a la que se alude tangencialmente en EAYT. En 1951 Borges, en clave antitotalitaria, imagina a la izquierda como una especie de doble del fascismo. La cultura y el arte de la izquierda podrían asimilarse, según esta perspectiva, al nacionalismo. Y el “nacionalismo” significa para Borges, como ya dijimos, una forma torpe de literatura, no centrada en los procedimientos. Como toda cartografía del espacio transnacional literario, la de Borges se diseña a partir de una serie de exclusiones.

En las últimas décadas, este texto se ha convertido, para muchos lectores, en una suerte de alegoría crítica que permite decodificar el funcionamiento general de la literatura argentina y su relación con el extranjero. Parte del éxito de EAYT consistió en la aceptación de la disyuntiva, propuesta por el texto, entre “cosmopolitismo” y “nacionalismo”. Una mirada más atenta a las prácticas, a los discursos y a los archivos de la transnacionalización que son contemporáneos al texto, permitiría extraer el ensayo de esa polaridad binaria e inscribirlo en el contexto de una serie de debates en torno a las plurales definiciones de la relación entre “literatura universal” y “literatura nacional”. La cartografía de Borges podría considerarse una más entre otras cartografías en pugna. La hidra dibujada en “Viejo hábito argentino” podría leerse, en todo caso, como el catálogo de los antagonistas de Borges en este combate por el sentido de la apropiación de lo extranjero.

## Referencias bibliográficas

- APTER, Emily. 2013. *Against World Literature. On the Politics of Untranslatability*. London-New York, Verso.
- BALDERSTON, Daniel. 2013. “Detalles circunstanciales: sobre dos borradores de ‘El escritor argentino y la tradición’”. *Cuadernos LIRICO* [En línea], nº 9, 2013. Consultado el 1 de noviembre de 2019. URL: <http://journals.openedition.org/lirico/1111>

- BALDERSTON, Daniel. 2018. "Revelando las falacias del nacionalismo de 'Viejo hábito argentino' a 'Nuestro pobre individualismo'". *Variaciones Borges: revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges*, n° 46, pp. 135-156. Consultado el 28 de septiembre de 2019. URL: <https://www.borges.pitt.edu/sites/default/files/Balderston%2046.pdf>
- BERNINI, Emilio. 2004. "Un cine culto para el pueblo. La transposición como política del cine durante el primer peronismo". *Kilómetro 111*, n° 8, 2009, pp. 87-101.
- BOLETÍN OFICIAL. 30 de enero de 1953.
- BIOY CASARES, Adolfo. 2006. *Borges*, ed. de Daniel Martino. Buenos Aires, Destino.
- BORGES, Jorge Luis. 2000. *Borges en El Hogar 1935-1958*. Buenos Aires, Emecé.
- . 1999. *Borges en Sur 1931-1980*. Buenos Aires, Emecé.
- . 2019. *Ensayos*, edición, transcripción y notas de Daniel Balderston y María Celeste Martín. Pittsburgh, Borges Center-University of Pittsburgh.
- . 1997. *Obras completas*, 4 vols. Buenos Aires, Emecé.
- . 2002. *Textos cautivos*. Madrid, Alianza.
- . 2001. *Textos recobrados 1931-1955*. Buenos Aires, Emecé.
- y FERRARI, Osvaldo. 2005. *En diálogo II*. México, Siglo XXI.
- CADÚS, María Eugenia. 2017. *La danza escénica en el primer peronismo (1946-1955). Un acercamiento entre la danza y las políticas de Estado Buenos Aires*, Tesis de doctorado. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- CAMARERO, Hernán. 2017. *Tiempos rojos. El impacto de la revolución rusa en la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- CÁMPORA, Magdalena y GONZÁLEZ, Javier Roberto (eds.). 2011. *Borges-Francia*. Buenos Aires, Selectus/Publ. de la FFYL, UCA.
- CARULLA, Juan E. 1927. *Problemas de la cultura. "Defensa de Occidente" y otros temas*. Buenos Aires, El Ateneo.
- CATELLI, Nora. 2004. "La cuestión americana en 'El escritor argentino y la tradición'". En Attala, Daniel, Sergio, Delgado y Le Marc'hadour, Rémi (dirs.), *L'écrivain argentin et la tradition*. Rennes, Presses universitaires de Rennes, pp. 25-36.
- CLEMENTI, Hebe. 2004. *Lautaro. Historia de una editora*. Buenos Aires, Leviatán.
- DAVID, Guillermo. 2004. "A la búsqueda de un sujeto político: las afinidades electivas de Carlos Astrada". *Políticas de la memoria*, n° 4, pp. 170-190. Consultado el 20 de noviembre de 2019. URL: <http://ojs.politicadela memoria.cedinci.org/index.php/PM/article/view/472>
- . 2014. "Los Cuadernos de filosofía y la modernización filosófica". En Korn, Guillermo y Panella, Claudio (comps.), *Ideas y debates para la nueva argentina. Revistas culturales y políticas del peronismo (1946-1955). Volumen II*. Buenos Aires, Ediciones EPC/Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, pp. 169-180.

- DE DIEGO, José Luis. 2014. “La ‘época de oro’ de la industria editorial”. En José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 97-134.
- DEL GIZZO, Luciana. 2017. *Volver a la vanguardia. El invencionismo y su deriva en el movimiento poesía buenos aires*. Buenos Aires, Ediciones en danza.
- . 2019. “Una patria internacional para la vanguardia. Sobre la importación de poéticas extranjeras en *poesía buenos aires (1950-1960)*”. En Del Gizzo, Luciana y Sverdloff, Mariano coords., dossier “Importaciones culturales en la Argentina del siglo XX: omisiones y apropiaciones”, *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, noviembre de 2019, vol. 8, n° 17, pp. 87-100. Consultado el 17 de octubre de 2019. URL: <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/3780/3730>
- DOLL, Ramón. 1993[1933]. “Discusiones con Borges”. En Provenzano, Sergio D. y Lafleur, Héctor René, (comps.), *Las revistas literarias. Selección de artículos*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 70-86.
- FIORUCCI, Flavia. 2011. *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*. Buenos Aires, Biblos.
- GENÉ, Marcela. 2005. *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo. 1946-1955*. Buenos Aires, Udesa-Fondo de Cultura Económica.
- GIULIANI, Alejandra. 2018. *Editores y política. Entre el mercado latinoamericano de libros y el primer peronismo (1938-1955)*. Buenos Aires, Tren en movimiento.
- GIUNTA, Andrea. 2001. *Vanguardia, internacionalismo y política. Arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires, Paidós.
- GRAMUGLIO, María Teresa. 2013. “Una década dinámica. Protagonistas, transformaciones y debates en la literatura argentina de los años treinta”. En *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario, Editorial Municipal de Rosario. pp. 209-253.
- GRINCHPUN, Boris Matías. 2019. “¿Organizando la contrarrevolución? Alfonso de Laferrère, la Action française y el suplemento literario de *La Nación* (1924-8)”. En Del Gizzo, Luciana y Sverdloff, Mariano, coords., dossier “Importaciones culturales en la Argentina del siglo XX: omisiones y apropiaciones”, *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, noviembre de 2019, vol. 8, n° 17, pp. 21-34. Consultado el 17 de octubre de 2019. URL: <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/3782>
- HERNAIZ, Sebastián. 2019. “Borges, reescritor. En torno a ‘El escritor argentino y la tradición’ y la intriga de sus contextos de publicación”. *Estudios Filológicos*, n° 63, pp. 81-97. Consultado el 18 de noviembre de 2019. URL: <http://revistas.uach.cl/index.php/efilolo/article/view/5586>
- KORN, Guillermo. 2017. *Hijos del pueblo. Intelectuales peronistas de la Internacional a la Marcha*. Buenos Aires, Las cuarenta.
- LAERA, Alejandra. 2014. *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- LARBAUD, Valery. 1933. "Manuel Galvez". En *Les Nouvelles littéraires, artistiques et scientifiques : hebdomadaire d'information, de critique et de bibliographie*, n° 543 (11 de marzo), p. 6.
- LEONARDI, Yanina Andrea. 2017. "Presentación" de dossier "Cultura y peronismo". *Afuera. Estudios de crítica cultural* n°17-18.
- . 2019. "De la legitimación a la profesionalización: los teatros vocacionales durante el primer peronismo". *Teatro XXI. Revista del GETEA*. n° 35, pp. 71-85. Consultado el 19 de diciembre de 2019. URL: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/teatroxxi/article/view/7195>
- . 2012. "Experiencias artístico-educativas para los obreros durante el primer peronismo". *Nuevo mundo mundos nuevos*, puesta en línea el 11 de julio de 2012. Consultado el 20 de noviembre de 2019. URL: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/63699>
- LOUIS, Annick. 2006-7. *Borges face au fascisme*, 2 vols. Paris, Aux lieux d'être.
- LUCENA, Daniela. 2015. *Contaminación artística. Vanguardia concreta, comunismo y peronismo en los años 40*. Buenos Aires, Biblos.
- MERBILHAÁ, Margarita. 2014. "La organización del espacio editorial". En de Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 31-62.
- MILLÁN, José Miguel. 1985. "Entrevista a Jorge Luis Borges. El olor de los tigres". *Culturas*. Suplemento semanal de *Diario 16*, n° 10 (16 de junio).
- MORRESI, Sergio y VICENTE, Martín Alejandro. 2017. "El enemigo íntimo: usos liberal-conservadores del totalitarismo en la Argentina entre dos peronismos (1955-1973)" *Quinto Sol. Revista de historia*. Vol. 21, n° 1 (enero-abril), pp. 1-24.
- MUDROVIC, María Eugenia. 2013. "Borges y el Congreso por la Libertad de la Cultura". *Variaciones Borges: revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges*, n°36, pp. 77-104. Consultado el 28 de septiembre de 2019. URL: <https://www.borges.pitt.edu/sites/default/files/mudrovic4.pdf>
- MURENA, Héctor A. 1948. "Condenación de una poesía". *Sur* n°164-5 (junio-julio), pp. 69-86.
- ORTIZ, Juan L. 1996. *Obra completa*. Santa Fe, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral.
- PALACIO, Ernesto. 1948. "El problema educacional". En AA.VV., *Tribuna de la revolución. Conferencias* (con prólogo de Ricardo C. Guardo). Buenos Aires, Ediciones Nueva Argentina - Centro Universitario Argentino Verso. pp. 92-112.
- . 1928. "Nacionalismo y democracia". *La Nueva República*, n° 3, (5 de mayo), p. 1.
- . 1943. "Nota preliminar". En Gerald G. Walsh (S.J.), *Humanismo medioeval*. Buenos Aires, La espiga de oro, pp.7-11.
- PETRA, Adriana. 2010. "Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)". *Contemporánea Historia y problemas del siglo XX*, volumen 1, año 1, 2010, pp. 51-73.

- PETRA, Adriana. 2014/5. “Héctor P. Agosti, intelectual y político”. *Políticas de la memoria*, n° 15, pp. 225-233.
- PETRECCA, Miguel Ángel. 2020. “Las traducciones chinas de Juan L. Ortiz, traductor”. En Juan L. Ortiz, *Obra Completa*, edición ampliada y revisada, en prensa. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral-Eduner.
- PRENDERGAST, Christopher. 2004. “The World Republic of Letters”. En Prendergast, Christopher (ed.), *Debating World Literature*. London-New York, Verso, pp. 1-25.
- SARLO, Beatriz. 2002. “Recuerdos de un escritor profesional”. En Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*. Buenos Aires, Taurus, pp. 9-30.
- SVERDLOFF, Mariano. 2017. “Esnobismos de la derecha: Lesca, el fascista irreductible, de Jorge Asís”. *Cuadernos LIRICO*, n° 16. Consultado el 1 de noviembre de 2019. URL: <https://journals.openedition.org/lirico/3786>
- VENTURINI, Santiago. 2020. “Juan L. Ortiz, traductor”. En Juan L. Ortiz, *Obra Completa*, edición ampliada y revisada, en prensa. Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral-Eduner.
- WESTPHAL, Bertrand. 2007. *La Géocritique. Réel, fiction, espace*. Paris, Minuit.
- WILFERT-PORTAL, Blaise. 2007. “Des bâtisseurs de frontières. Traduction et nationalisme culturel en France, 1880-1930”. En Lombez, Christine y von Kulesa, Rotraud eds., *De la traduction et des transferts culturels*. Paris, L’Harmattan, pp. 231-253.